

Augusto Mario Delfino

Ladrones (1)



IUVIERON que buscar su nombre en las listas de jornaleros. La comunicación, simplísima, desconcertaba el ritmo de la fábrica, donde solamente sus principales empleados recibían comunicaciones telefónicas.

La muchacha del conmutador estuvo a punto de decir: «Aquí no trabaja», cuando una voz le preguntó, sumisa: «¿Puede hacerme el favor de llamar a Manuel Barrios?», porque al oír ese nombre desconocido, ese nombre que no la obligaba a tener ninguna gentileza, olvidóse de que a sus espaldas, sordos a la relación que ella, con el teléfono, establecía entre la fábrica y el mundo, mil doscientos cuarenta y ocho hombres creaban la urgencia con que Mr. Morrison pedía los números.

—¿Obrero? No puedo llamarlo.

(1) Augusto Mario Delfino pertenece a la nueva generación de escritores argentinos y es, indudablemente, uno de los más interesantes y originales. Acaba de publicar en Buenos Aires un bello libro de cuentos «Márgara», que ha sido elogiado con toda justicia por la crítica.

—Por favor, mire que se trata de un caso urgente. Ha muerto...

La empleada no quiso saber más. Contrariada por esa intromisión de la realidad en el juego constante de sus sueños y el espejo y la polverita y la revista subrepticia, conectó la línea con el aparato de la oficina de personal. El jefe consultó las nóminas y, a la cuarta, en la correspondiente a la sección envases, el nombre de Barrios figuraba en primer término.

El llamado corrió por la fábrica como corre por la ciudad el anuncio policial de un incendio. Llegó a Barrios con el permiso del capataz. Barrios apuró el paso hacia la noticia. Sus compañeros le envidiaron el repentino asueto.

A Barrios lo condujo el instinto. La fábrica, atenta al requerimiento de las máquinas, no lo vió pasar. Tras la ráfaga helada de lo inusitado, otra vez la fiebre. Pero la fiebre de sangre, la del hombre que muere de una vez por todas, intensamente, sólo ardía en las sienas de Barrios, que violó el reglamento al no esperar la autorización para oír lo que ya su corazón adivinaba.

—¿Amelia?

—Sí; venga pronto, don Manuel. Está gravísima.

Salió a la calle por la puerta de siempre, pero todos los caminos hasta su casa le parecieron demasiado largos. Formó una pelotilla con el boleto económico del tranvía, ya perforado en la mañana. La tiró al aire, con fuerza, luego de colocarla entre la yema del pul-

gar y la uña del dedo mayor, y esta actitud impensada y de despreocupación aparente, al sorprenderlo, lo hizo avergonzarse como si lo estuviera mirando Amelia.

Omnibus y colectivos trepidaron su angustia. En uno de los últimos, junto al «chauffeur», apoyó los pies contra la madera que encontraron delante, estiró las piernas, hizo fuerza con ellas. Sobre un ómnibus casi vacío permaneció en la plataforma, acercando desesperadamente las esquinas. Los números de las casas—1648, 1646, 1642—le parecían palabras de una frase que trataba de ahogar en él toda esperanza: «Llegarás tarde». Y, sin embargo, aun estaba tibia.

II

Una piedad de brazos estirados quiso amortiguarle el choque. Se notó forastero en el corredor de su propia casa, al que daban las puertas de los cuartos, junto al jardincito. Rostros de vecinos se ofrecían con gesto acongojado a sus miradas; no reconocía en ellos ninguna expresión familiar; todos eran casi iguales, como preparados para recibirlo a él en una actitud uniforme.

Lo contenían por los brazos. Agachó la cabeza y tiró hacia adelante con la decisión de un cadenero azuzado por el látigo. Consiguió, al fin, avanzar, acercarse a la puerta del dormitorio. Varias mujeres detenidas allí, le ocultaban la vista de la cama. Abrióse paso entre ellas. De un tirón deshizo los nudos de una pruden-

cia imposible y sin objeto, y se dirigió hacia la muerta como para hacerle una pregunta.

III

—Cálmese, don Manuel. Tenga resignación.

Sobre el hombro, una mano y una voz le hablaban.

—Venga. Vamos un rato afuera. Tome un poco de aire. Así va a enfermarse.

Pero él se obstinaba en permanecer con Amelia, que se iba enfriando bajo sus dedos.

Era preciso sacarlo de ahí; si continuaba en esa forma se volvería loco. De rodillas a un lado de la cama, en la que el cuerpo de la muerta, afinado, ocupaba una línea exigua, Barrios hacía una hora que estaba verificando lo que todos sabían: que Amelia era cadáver. No había llorado ni una sola lágrima; sus ojos estaban ocupados únicamente en mirar a la muerta.

El silencio endurecía el maxilar inferior del hombre, cuya vida física concentrábase en esa parte del rostro y en las rodillas y los talones encogidos, aunque él no se daba cuenta de eso. Había anulado desde el comienzo, todo dolor de la carne. Vivía fuera de sí, salía de sí en la mirada interrogativa, en las manos insensibles al frío. Habíase planteado un problema, y éste, enquistándose en su alma, impedía cualquiera otra reacción que no fuera un vago, pero agudo sentimiento de ofensa.

Las manos de Barrios, lentas y aligeradas, recorrían

el cuerpo de la mujer. Con los dedos pulgar e índice de la derecha, varias veces levantó los párpados de Amelia, que volvió a cerrar cuidadosamente, mientras el desaliento movía su cabeza hacia los lados, con gesto apenas perceptible.

Ningún recuerdo le provocaba ternura. Barrios podría haberse acordado de cuando, también en silencio, cerraba, uno primero y otro después, los ojos de su compañera, para besarlos con los besos más hondos y más leves que diera en su vida. Pero entonces era un afán, casi logrado, de desplazarse entero hacia el ser querido; ahora, en cambio, todos los resortes de su egoísmo actuaban sobre las pupilas de la muerta, en el deseo de obligarlas a un reflejo imposible: la imagen de él que sentía abolida de todos los espejos.

IV

En una de las incursiones por Amelia, Barrios es interrumpido por la mano y el consejo de una mujer: —Don Manuel: no haga eso. Déjela descansar a la pobre.

¿Descansar? También estaba descansando cuando él salió para la fábrica. Ya es tiempo de que despierte. Su mujer no puede estar muerta: duerme. El lo sabe mejor que nadie. Los otros no pueden saberlo tan bien como él ¿Muerta? Y en el tumulto que de pronto lo invade, a él, que hasta ese momento estaba luchando

como un hombre; le llega una pregunta absurda y terrible: «¿Y cómo se murió sin esperarlo?».

Barrios ya no introduce las manos bajo la sábana para tantear el cuerpo, ya no mece la cabeza de Amelia, tomándola de la barbilla, como lo hizo hasta entonces, confiando, para su buen éxito, en el fingido mimo. «¿Y cómo se murió sin esperarlo?» da a su corazón un agitado ritmo que lo evidencia, lo golpea como a un hombre a quien traicionan. Amelia—el hombre se derrumba—ha dejado de amarlo.

V

—Yo, en los años que tengo, nunca he visto nada así—comentaba, asombrada, una cincuentona senil en su rebozo—. O ese hombre está ido, o tenía algo contra ella. ¡Había que ver cómo la miraba! Hubo un momento en que creí que iba a pegarle...

—¡No exagere, señora!—intentó aclarar otra vez—. No le digo que no sea rara esa manera de portarse, pero nadie sabe lo que pasaba por él... Claro que yo nunca vi a un viudo como éste. Mi cuñado, cuando murió mi pobre hermana, a quien Dios tenga en su santa gloria, se deshizo en lágrimas y nadie podía conformarlo. ¡Había que oír los gritos que pegaba!...

—Véalo; véalo ahí, en un rincón. No dice ni una palabra, no le sale ni una triste lágrima. Si no es por mi marido, que lo retiró del lado de la cama, todavía

estaría allí como un idiota. ¡Quién iba a decirlo; un hombre tan serio como Barrios!

La escena de la espera muda tuvo muchos testigos. Mujeres y hombres, atraídos por un suceso raro que no encontraba par entre todos sus recuerdos de defunciones, ocuparon la puerta de la habitación, primero, y luego, más confiados, fueron penetrando en el cuarto en puntas de pie, rodearon el lecho. Algunas madres iban en busca de sus hijitos para mostrarles el espectáculo extraño. Hasta que llegó el marido de la habladora y, como si se hallase en presencia de un incendio y de una multitud que a nada atina para sofocarlo, expulsó a los curiosos con un gesto; sin decir palabra, tomó a Barrios por debajo de las axilas, lo levantó y lo condujo hasta el corredor, donde un atemorizado respeto le alcanzó una silla.

En esa silla estuvo Barrios largo tiempo, ajeno a cuanto ocurría a su rededor. Ante sus ojos pasaron los empleados de la funeraria, con los elementos decorativos del duelo y con el ataúd; pareció no verlos. Sólo cuando una de las mujeres que se habían posesionado de la casa pidió a gritos una tijera—iban a amortajar a la difunta—, Barrios hizo un ademán brusco. Estaba como dormido con los ojos abiertos.

Lo cercaba una atención masculina y cordial. Varios hombres, empeñados en recuperarlo, lanzaban sobre Barrios frases aisladas, preguntas de una vaguedad cuidadosa. Poco a poco el ausente regresó a la hora. Fué entrando en ella a través de sensaciones imprecisas—

extrañeza de hallar mucha gente en su casa, de ser el centro de un grupo de personas; una sed sorpresiva, un punzante deseo de fumar—, hasta que llegó un momento en que dióse cuenta de que todo aquello ocultaba algo, de que su mujer no lo había engañado, de que el asunto del comité socialista de la parroquia y la referencia a un abuso de autoridad del oficial de policía sólo eran pretextos para confundirlo. Mas, entre dos hombros, vió el resplandor trémulo de las velas, una luz en el comedor que no era la luz dichosa de otras veces. Su propio grito lo puso en pie:

—¡Amelia!

Pero brazos más fuertes que su impulso le cortaron el camino estéril de la voz.

—Quiero verla, déjenme.

Había vuelto. Estaba allí, en su casa, en su drama, ansioso de sentir, por fin, todo el dolor que le correspondía; ansioso de pararse al lado de la muerta, de comprender, por fin, que el silencio de ella era definitivo.

Varias veces intentó la marcha.

—¿Pero no ven?; estoy sereno.

—Ya irá; ahora estése quieto, que es mejor.

Y entre un pésame y otro de los recién venidos, los hombres de su custodia acortaban el tiempo con asombros menudos y anécdotas lacias. seguros de que le hacían un inmenso favor al desgraciado.

La voluntad de Barrios fué quebrada; ya no intentaba moverse, pero su corazón sabía que no estaba en

el puesto, que Amelia aun hallábase ahí, alejándose, yéndose sola, sin él. El la abandonaba, requerido por seres que creían que una noche es toda la vida.

VI

Nunca llegó a explicárselo. Ningún antecedente de su vida justificaba el gesto. Era un hombre normal, incapaz de extravagancias. ¿Cómo hizo, entonces, para fingir una necesidad perentoria, solicitar permiso con tanto aplomo, dirigirse hacia el lado de la calle y, con la satisfacción de los que engañan, abandonar la casa?

Anduvo. Al principio fueron pasos leves, sigilosos, de huída. La primera esquina parecía inalcanzable. Repetidas veces miró hacia atrás y no pudo extrañarse de que lo preocuparan sus guardianes y no el motivo de su confinamiento. Cuando vióse fuera de su calle, sintió, como una brisa fresca, el alivio. Empezó a caminar serenamente, con ritmo firme, aunque una nerviosidad que no llegaba a ser angustia le erguía la cabeza en intención de olvido. ¿Hacia dónde iba?

La pregunta lo detuvo en una esquina ignorada. Se hizo el sordo. Luego, marchando otra vez, comenzó a enredarle el paso. En el frente de cada casa, en los alambrados de los potreros, en las tapias y en los cordones de las aceras, fué buscando el porqué de su fuga. El camino, poco a poco, le explicó la causa. Desde un cerco de consuelos, desde una modorra de consuelos, había salido en busca de Amelia. Estaba bur-

lando la piedad de los otros, iba hacia su dolor ardiente, hacia sus recuerdos de felicidad, hacia el contraste entre la dicha y el silencio de Amelia. Volvió a sus oídos el agravio de ese silencio. Los labios se le desfiguraron en rencor; pero de pronto, consciente él otra vez de la inocencia de la muerta, debieron acomodarse para el llanto.

Un umbral desierto recogió la caída. Barrios de nuevo solo en el mundo, dentro de la noche, bajo un cielo indiferente, lloró sus primeras lágrimas de viudo, de hombre que ha perdido su respuesta y al cual no le queda ni el eco de un hijo.

—¿Qué hace ahí? Vamos; arriba.

Levantó los ojos: un agente de policía.

Un hombre sentado en el umbral de una casa que no es la suya, a esas horas y llorando, no es una incidencia prevista por el reglamento, pero es una curiosidad y, en último caso, un arresto justificable.

—Acompáñeme.

Barrios no lo entendía, no encontraba palabras para decírselo al vigilante. Su silencio lo hizo más sospechoso. El agente lo ayudó a levantarse, buscó en sus ropas el peligro de un arma.

—Camine.

Barrios lo siguió dócil y calladamente. Poco le importaba dónde lo conduciría el otro; por más autoridad que éste tuviese, no podía impedirle su dolor recuperado ni detenerle las lágrimas.

Llegaron a la comisaría.

—¿Por qué lo trae?

—Estaba llorando en la calle.

—¿No le da vergüenza?

—Señor...

—¿Cómo se llama? Dígame su nombre.

—Manuel Barrios.

Manuel Barrios, con el secreto de su drama, con su drama oculto, insecuestrable.

—Hay que esperar a que venga el comisario. Mientras tanto, váyanle tomando las impresiones digitales: puede tener antecedentes.

Esa mano que accionaba la suya no hacía nada para arrancarlo de su pena. La estrechó, agradecido, con asombro de su dueño.

VII

El día le trajo a Barrios la sensación de Amelia abandonada, estremecida en su ataúd al no saberlo cerca. Luchó contra las rejas del calabozo, pidió la libertad a gritos.

—Pero a ese hombre se le ha muerto la mujer. ¡Qué bárbaros! ¿Cómo lo tuvieron preso toda la noche?

—Señor comisario, ¡si no nos dijo una palabra!

Eran más de las nueve cuando estuvo otra vez en la calle. Subió a un automóvil de alquiler, veloz, demasiado lento.

Nada le importaba el encontrarse con la gente de la víspera: se abriría paso por entre las mujeres, pelearía con los hombres si fuera necesario. Quería estar a solas con Amelia, explicárselo todo.

Saltó del vehículo y, a la carrera, llegó al comedor donde una vecina estaba colocando la mesa en su sitio. En un rincón, amontonados, los candelabros; Cristo, en su cruz, de cara a la pared.

La mujer miró a Barrios con desprecio. En busca de una explicación, los ojos del hombre fueron hacia otros rostros femeninos, pero en todos halló el mismo gesto de repugnancia.